

Islamabad, 26 de Octubre de 2001

ENTRE ALCARAZ Y EL REMOTO VALLE DEL HUNZA

Hace diez años, cuando entré desde China en Pakistán, por el valle del Hunza, esta zona comenzaba a convertirse en un foco de turismo de élite (o de muchas ífulas; recuerdo que el policia de la frontera me preguntó si yo era "otra infanta" española, pues la única española de la que se acordaba había declarado serlo al pasar por su garita) que ahora se ha popularizado en occidente, como la formidable autopista que, con ayuda china, por fin atraviesa la cadena montañosa de "Karakorum" ("montaña negra" en turco) y que tantas vidas ha costado. Los chamanes pre-islámicos lo predijeron hace más de 600 años: "y un huevo podrá rodar desde China hasta Hunza"-los hunzeños actuales respetan a sus chamanes que también predijeron que advendrían tiempos en que los adultos vestirían ropas ceñidas, como los niños, y es así como se califica en todo Paquistán al vestir occidental-. Gracias a la "Karakorum Highway" la estructura cultural y económica de una zona de pobreza endémica está cambiando, gracias también a los proyectos para el desarrollo de la fundación del Aga Khan, cuyo poder en la zona es elaborado producto de la estrategia inglesa contra los rusos, en los tiempos heroicos del "great game" entre ambos imperios. Posteriormente, durante la "guerra fría" y después de que el Aga Khan financiara los primeros años de vida administrativa del nuevo Pakistán, los EEUU continuaron apoyando esa labor de desarrollo en el norte, pues necesitaban una zona-amortiguador próspera, o al menos no tan mísera que quisiera convertirse al comunismo. Estos ismaelitas hunzeños han cambiado de forma de ganarse la vida: ya no asaltan a las caravanas y a los peregrinos hacia la Meca uigures, pero siguen alimentándose, parcamente, de lo que cultivan en sus vertiginosas huertas aterrazadas, y hablando Burusheski, una misteriosa lengua aislada, que no se ha podido relacionar hasta ahora con ninguna familia lingüística en el mundo.

Ayer llegó a Islamabad, con un cajón de manzanas de su "terraza" y varios fardos de tela cosida, Didar Ali, desde Hunza, para enseñarnos su obra, y pedir consejo. Aleccionado por su participación en proyectos de beneficencia del Aga Khan ,(sin duda encomiables -como la formación y empleo de los aquejados de cretinismo, mal muy extendido en la zona- pero proyectos no inmunes a la crítica, como la supresión del tradicional cultivo de la vid en la zona, cuna histórica de todo vino, según numerosos especialistas. Cuando Alejandro Magno pasó por la zona norte de Pakistan y Kafiristan afgano, sus cronistas describieron el área como "el lar del cortejo de Baco") Didar Ali ha iniciado el suyo propio: las mujeres de la zona son famosas por sus bordados; así pues las ha organizado para que en las horas libres que les deja el duro trabajo del campo, borden, a su ritmo, diseños que él busca en la tradición local y en números atrasados y de segunda mano de revistas de arte al alcance de su bolsillo. A veces consigue algún libro "coffee table" sobre alfombras. El se ocupa de los dibujos y de los tintes, todos naturales a base de plantas e insectos de la zona.

Por fin descose el inmemorial embalaje que luego volverá a coser y extrae alfombras de diseño basado en el folklore de Hunza y tapices enormes, basados en miniaturas persas , y comenta con amor la receta para el color de las olas del lago del fondo... No sabe cuantos meses han tardado las mujeres..."como lo hacen a ratillos..." de repente despliega un inmenso tapiz de clara tradición irania, con amapolones estilizados en arabescos de exquisito colorido y refinado gusto, verdadero sueño de De Quincey, "el comedor de opio": "este tapiz está en un palacio español de un sitio que se llama Alcaraz, lo encontré en un viejo libro..."

Y como tiene miedo de que le rechacen por carero, vende cada ejemplar, testigo de tantas "chansons de toile" de las damas de Hunza, por lo que le costaría a una dama, pongamos que del albaceteño Alcaraz, el juego de cañamazo pintado y vacío con sus madejas de lanas de tinte artificial, para entretenerse, y soñar, haciendo petit point.